

TERCER TRATADO

EL AMOR DE DIOS Balduino de Ford

INTRODUCCION

"El amor de Dios" es el tercero de los Tractatus Diversi de Balduino, abad de Ford y arzobispo de Canterbury. Se trata de un comentario al mandato de amar a Dios sobre todas las cosas de Mateo 22,37.*

Balduino queda impresionado con la insistencia en que se nos inculca este mandamiento, por lo que desea desentrañar lo que Dios quiere decirnos con él. Su finalidad es práctica: piensa para vivir.

La exposición es clara y sin dificultades. Las ideas se articulan en torno a la división cuatripartita del mandamiento: con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con toda la mente. El pensamiento es rico, sabroso, profundamente espiritual. Teniendo en cuenta la imperfección humana, nos enseña a amar a Dios con todo nuestro ser, de acuerdo a nuestras posibilidades reales.

Según el mandato evangélico, la totalidad del único ímpulso amoroso del hombre hacia Dios, queda expresado en cuatro modalidades del amor. Estas, a su vez, se corresponden con cuatro inclinaciones principales del amor humano que Balduino vincula doctrinalmente con los beneficios, las promesas, los juicios, y los preceptos divinos.

Así, amar a Dios con todo el corazón será "con-cordar" con Dios en sus beneficios. Será identificar nuestro amor con el suyo: amar lo que Dios ama y odiar lo que Dios odia. Esto es posible por el amor que Dios nos manifestó primero en sus beneficios de la "creación", de la "reparación" y del "consuelo" en la vida presente.

* Para una introducción a la persona, obra y bibliografía de Balduino de Ford, ver Cuadernos Monásticos 76, pp. 115-119.

Amar con toda el alma es desear vehementemente las promesas que El nos ha hecho. Es adherirse el hombre a la libertad de la gracia y de la vida divina por el impulso amoroso y liberador del Espíritu. Es orientar el corazón y anticipar por la esperanza los Bienes futuros prometidos.

Amar con todas las fuerzas es amar plenamente los juicios que Dios tiene sobre nosotros. Los juicios divinos son diversos. Frente a los malvados, ya los castiga o bien les permite prosperar en su maldad en esta vida; pero ciertamente ambos serán condenados. Frente a los buenos, quienes aceptan sus juicios, ya porque aceptan y aman las pruebas que Dios les manda, o bien porque conociendo su pecado se adelantan a la corrección paterna, serán ambos acreedores del premio eterno.

Amar con toda la mente a Dios es amar con todo nuestro espíritu sus preceptos. Así como el cuerpo debe someterse al espíritu, éste debe hacerlo a Dios por la obediencia. Aquí Balduino hace un extenso y profundo desarrollo sobre el amor y la obediencia. Es una página admirable en la que se combina la vena del robusto teólogo y una honda experiencia sobre Dios y el misterio de la libertad tan dispar de los hombres. La obediencia a Dios ha de ser voluntaria y verdadera; esto es, ha de querer lo que Dios quiere y porque El lo quiere. Ella tiene en Dios su origen, su principio y su fin. De este modo amor y obediencia se identifican. Nuestro camino en la obediencia consiste en "meditar", "actuar" y "ejercitarnos" en los mandamientos divinos; en ellos amamos y encontramos al Amor.

Podemos concluir diciendo que Balduino nos ofrece un camino concreto para amar a Dios. La consideración personal que podamos hacer de los aspectos parciales en que se nos presenta el primer mandamiento, robustecerán nuestro impulso amoroso hacia Dios e iluminarán también nuestra respuesta de amor.

La traducción fue realizada por la Sra. Elcira G. R. de Sesma, según el texto latino presentado por Robert Thomas, O.C.S.O. en Baudouin de Ford, Traités 1-3, en "Pain de Cîteaux, 35", Chimay (Belgique, 1973), pp. 112-170, quien sigue el MS Troyes 433, del siglo XIII.

N. Señora de los Angeles
C.C. 34 - (7300) AZUL (B)

Eduardo GOWLAND, o.c.s.o.

TEXTO

*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente*¹.

Importancia incomparable de este mandamiento

Puede y debe impresionarnos, con toda razón, esta acumulación de palabras, esta insistencia tan cuidadosa, tan calculada, tan precisa, tan prolongada, para un solo mandamiento. En efecto, el mandamiento es sólo uno, nada más que uno. Dice la Escritura: *Este es el mayor y el primer mandamiento*².

Se nos dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón*. Como si esto fuera poco, se agrega: *con toda tu alma*. Luego, como si no se hubiera dicho bastante, se añade: *con todas tus fuerzas*. Finalmente, como si aún no fuera suficiente todo lo dicho hasta el momento, se insiste: *y con toda tu mente*.

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Acaso estas expresiones tan reiterativas son inútiles y carecen de fundamento? ¿Quién puede creer esto sino aquel cuya fe no es recta? Si la hoja de un árbol no cae sin el consentimiento del Padre, cuánto más no podrá pronunciarse, sin su voluntad, la palabra de Dios, especialmente aquella palabra que expresa el primero y el más grande de todos los mandamientos, sin omitir ni un acento ni una letra de ella³.

La insistencia de lo absoluto en el mandamiento de amar a Dios

Debemos esforzarnos en buscar e investigar diligentemente lo que Dios con tanto cuidado quiso que se consignara por escrito. La búsqueda será más provechosa y el descubrimiento reportará mayor utilidad, si aquellos que buscan y encuentran cumplen con lo que se les ha ordenado.

Podemos pensar que Dios ha puesto tanta diligencia en consignar esta palabra y en grabarla con más fuerza con su mandamiento a causa de la dureza de nuestro corazón. Lo mismo suele suceder con un leño demasiado

-
1. *Mt 22,37.*
 2. *Mt 22,38.*
 3. *Mt 5,18.*

duro, en el que hay que introducir un clavo. A causa de la dureza de la madera, no todo el clavo penetra de inmediato. Por ello se lo golpea de un modo continuo, y se insiste hasta introducirlo totalmente. La palabra del Señor es como un clavo que debe penetrar en nuestros corazones. Según la expresión de Salomón, *Las palabras de los sabios son como agujones o como clavos hundidos profundamente*⁴. ¡Cuánto más es un agujón y un clavo la palabra de Dios, puesto que *es viva y eficaz la palabra de Dios y más cortante que espada alguna de dos filos*⁵.

Queriendo penetrar y traspasar nuestro corazón con el clavo de su divina palabra y de su divino amor, Dios dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón*. Luego, clavando más hondamente, agrega: *con toda tu alma*. Para penetrar aún más, añade: *con todas tus fuerzas*. Finalmente, para llegar hasta lo más profundo, insiste: *y con toda tu mente*. Ordenó en exceso lo que quiso que en exceso se guardara⁶.

Pero también parece convenir otra razón a esta división de un único mandamiento. Puesto que el amor del mundo ocupa todo nuestro corazón y llena todas sus células, hay que desterrar de todo el corazón ese amor mundano. Hay que arrojar afuera al príncipe de este mundo⁷ para que penetre el amor de Dios y se adueñe de todo el corazón. Dios debe ser reconocido en los lugares más recónditos de nuestro corazón, todos sus confines deben recordar al Señor y volverse a Él⁸. Así Dios poseerá todo nuestro corazón y éste lo poseerá a su vez. Así se podrá decir con el Profeta: *Dios de mi corazón y parte mía, mi Dios para siempre*⁹.

EN LA VIDA PRESENTE NO ES POSIBLE AMAR A DIOS CON PERFECCION¹⁰

Sólo en el cielo es posible amar verdaderamente a Dios de todo corazón

La condición de nuestra vida presente nos permite únicamente un conocimiento imperfecto y parcial de Dios¹¹, por lo tanto sólo podemos amar-

4. *Sl* 12,11.

5. *Hb* 4,12.

6. *Sal* 118,4.

7. *Jn* 12,31.

8. *Sal* 21,28.

9. *Sal* 72,26.

10. Este título y los siguientes, escritos en mayúsculas, se encuentran en el manuscrito.

11. *1 Co* 13,9.

lo de una manera imperfecta; no plena. Nuestro conocimiento de Dios en este mundo, por grande que sea, no es nada en relación con aquel conocimiento perfecto que alcanzaremos cuando Dios aparezca en su gloria¹², nos muestre su rostro y seamos salvos¹³; es como un rayo de la luz matutina penetrando en una casa a través de una abertura muy estrecha, comparado con el resplandor del mediodía cuando el sol brilla con toda su fuerza¹⁴.

Del mismo modo, el amor que podemos tener a Dios en este mundo es como una chispa de fuego en comparación con el gran incendio de amor en el que arderán los justos en Jerusalén, entre la multitud de serafines¹⁵. Actualmente hay fuego en Sión, pero más tarde habrá un horno en Jerusalén¹⁶.

Cómo amar a Dios en este mundo con todo nuestro corazón, aunque no nos pertenezca todo nuestro corazón

Debes amar a Dios con todo tu corazón según las posibilidades de tu imperfección. Pero, ¿cómo hacerlo con todo tu corazón? ¿Cómo puede ser esto posible si tu corazón no es enteramente tuyo aún, sino que se lo disputan fuerzas extrañas? Por este motivo Job se lamenta: *Fueron dispersados mis pensamientos, lo que fue tormento para mi corazón*¹⁷. Y el salmista dice: *Mis culpas me han apresado y no puedo ya ver; más numerosas son que los cabellos de mi cabeza, y el corazón me ha abandonado*¹⁸. Abandonados por su corazón, abandonados casi sin corazón.

En este mundo no tenemos todo el corazón para amar a Dios. Tampoco tenemos corazón para implorar a Dios que nos dé un corazón para amarlo. Al respecto dice David en algún lugar: *Tu siervo encontró su corazón para suplicarte con esta oración*¹⁹.

Humilde confesión de Balduino

En lo que a mí respecta, no encuentro mi corazón en el momento

12. *Sal* 101, 17.

13. *Sal* 79,4.

14. *Ap* 1,16.

15. "Serafines" quiere decir, etimológicamente, "ardientes", "brillantes".

16. *Is* 31,9.

17. *Jb* 17,11.

18. *Sal* 39,13.

19. *2 S* 7,27.

de la oración. ¿Dónde está? O mejor aún, ¿dónde no está?. Mientras busco dónde está, no encuentro dónde no está. Vuela, revolotea, corre, recorre y vuelve-a correr y recorrer. Cuando regresa, no se queda; cuando tratamos de retenerlo, se escapa; es escúrrido y, mientras tratamos de tomarlo con las manos, se desliza entre los dedos que lo sujetan.

Hombre, si por casualidad sientes esto en tu corazón —y como eres hombre sin duda lo sientes de alguna manera—, tienes en ti la prueba de que aún no amas a Dios de todo corazón, con esa perfección con la que El quiere ser amado por ti.

Se llega a poseer el corazón ofrendándolo a Dios

Si en verdad amas a Dios y ofreces a Dios tu corazón en la medida en que te es posible, lo haces tuyo dándoselo a Dios. Mejor aún, Aquel a quien se lo das, hace que no sea tuyo; y no puede ser tuyo si El no hace que sea tuyo. En la medida en que le entregues tu corazón, éste será tuyo.

Si pudieras dirigir hacia El, de un modo inmutable, todos tus pensamientos, todos tus afectos y también todos tus deseos y mantenerlos fijos en El, si pudieras arder siempre en todo tu ser con el fuego del amor, podrías ciertamente amar a Dios con todo el corazón, de una manera perfecta. Pero, ya que la debilidad humana no lo permite, si no puedes amar a Dios en la medida en que tienes la obligación de amarlo, ámalo al menos cuanto puedes, según tus posibilidades, con toda tu capacidad. Comenzando a amar a Dios aquí con todo tu corazón en la medida en que éste es tuyo, llegarás a amarlo con mayor perfección más tarde, cuando sea más perfectamente tuyo ese corazón que por ahora no te pertenece totalmente.

No trates de imitar al deudor malintencionado que, no pudiendo pagar todo lo que debe, se niega a pagar lo que le es posible, como si fuera igual falta no pagar nada que pagar una parte. Pero Dios es un acreedor bondadoso: al deudor que paga lo que puede, le retribuye misericordiosamente para que pueda pagar más.

HAY QUE AMAR A DIOS DE TODO CORAZON EN SUS BENEFICIOS

Las cuatro modalidades del amor

Las cuatro divisiones de este mandamiento nos hacen conocer las cuatro principales inclinaciones²⁰ del amor, es decir cuatro maneras de amar.

20. "Afecciones" son los movimientos, los impulsos del amor.

Estos cuatro sentimientos, aunque expresados en una cifra determinada, abarcan sin embargo innumerables tipos de afectos y modos de amar. Hay que amar a Dios de todo corazón en sus beneficios. Hay que amar a Dios con toda el alma en sus promesas. Hay que amarlo con todas las fuerzas en sus juicios. Hay que amarlo con toda la mente en sus preceptos. Bajo la inspiración de Dios, estas cuatro realidades —beneficios, promesas, juicios y preceptos— provocan en nosotros esos cuatro sentimientos de amor divino. En este mundo se conoce a Dios en sus criaturas, como a través de un espejo y en una alegoría, hasta el día en que pueda ser conocido plenamente, tal como El es. Del mismo modo en esta vida hay que amar a Dios en sus beneficios, y en las otras realidades ya indicadas, hasta que sea posible amarlo plena y perfectamente en El mismo.

Los diversos beneficios de Dios

Los beneficios de Dios se refieren: unos, a la creación; otros, a la reparación y a la consolación de todos los días. Son beneficios de la creación: el haber sido formados a su imagen y semejanza; el hecho de que *en El vivimos, nos movemos y existimos, y somos de su linaje*²¹; que nos haya regalado un cuerpo, un alma y todos los sentidos corporales y espirituales de una manera completa. Todo lo que tenemos de bueno en nuestra condición humana, lo hemos recibido como una dádiva divina. Todos nuestros bienes no son otra cosa sino dones de Dios.

Son beneficios de reparación: los misterios de la encarnación y de la pasión de Cristo; también todos los sacramentos²² que Cristo tomó sobre sí por nosotros o que instituyó para que nosotros los recibiéramos, como el sacramento del cuerpo y sangre de Cristo, el sacramento del bautismo y todos los demás sacramentos de la Iglesia, a los cuales Dios, en su misericordia, ha dado la gracia y la virtud de la remisión de los pecados y la salvación de los que creen.

Son beneficios del consuelo cotidiano los que todos los días nos concede *el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación que nos consuela en toda tribulación nuestra*²³. Nuestro Padre sabe que tenemos necesidad de muchas cosas y que somos siervos indignos; a pesar de ello, gracias a su favor, somos también sus hijos. Y a este Padre debemos confiar nuestros de-

21. *Hch* 17,28.

22. En el siglo XII la palabra "sacramento" tenía una acepción mucho más amplia que hoy: englobaba las realidades naturales cargadas de sentido divino, de virtud divina.

23. *2 Co* 1,3-4.

seos, nuestros pedidos, nuestras esperanzas. De El debemos aguardar el consuelo de todos nuestros sufrimientos, la ayuda para nuestras necesidades, el remedio para nuestras debilidades. ¿De quién podemos esperar todos estos bienes, sino de El? *¿De dónde, dice el Profeta, vendrá mi auxilio? Mi auxilio viene del Señor que hizo el cielo y la tierra²⁴. Grandes cosas hizo el Señor con nosotros²⁵.*

Dios nos colma de beneficios para tener nuestro amor

Dios nos colma de beneficios y procura obtener nuestro amor con sus favores. Por estos beneficios tan numerosos y tan importantes hay que amar a Dios de todo corazón. Si se digna pedirnos algo, hay que concedérselo con toda razón, con todo merecimiento y justicia. Y El se digna pedirnoslo. En efecto, le dice al hombre: *Dame tu corazón²⁶*. Quiere ser amado de corazón; pide que se le entregue el corazón; pide y quiere para El todo nuestro corazón; quiere que se aparte del amor del mundo y de todas esas cosas que pertenecen al mundo y que se vuelva a El, para que El sea su deleite por sobre todas las cosas; que todo lo que desagrade a Dios, le desagrade también a él. Y a Dios le desagradan la maldad y la vanidad. Odia la maldad y desprecia la vanidad. Dice el Profeta: *Odias a todos los que obran el mal²⁷*. Y agrega: *Odias a los que se entregan con frivolidad a las vanidades²⁸*.

Amar a Dios de corazón es estar acorde con El

El amor a Dios comienza, por lo tanto, en un odio y desprecio comunes. En efecto, Dios quiere que lo que El odia o desprecia sea igualmente odiado o despreciado por nosotros. Si amamos lo que Dios odia, no podremos tener paz con El. En cambio, amamos a Dios de corazón si concordamos²⁹ con El en el odio al mal. Amamos a Dios de corazón si recordamos los bienes que de El hemos recibido y los pecados que hemos cometido; si damos gracias por esos bienes y hacemos penitencia por los pecados; si nos reconciliamos con Dios y, después de la "discordia", volvemos a la "concordia" con El. Este es el primer grado del amor: la conversión del corazón del mal

24. *Sal* 120,2.

25. *Sal* 125,3.

26. *Pr* 23,26.

27. *Sal* 5,7.

28. *Sal* 30,7.

29. "concordes": etimológicamente significa tener los mismos corazones.

al bien, de la vanidad a la verdad, de aquellas cosas que desagradan a Dios a aquellas que le complacen.

El Profeta, deseoso de menospreciar lo que Dios odia, dice: *Inclina mi corazón hacia tus dictámenes y no hacia la avaricia*³⁰. Y el apóstol, queriendo mostrar que su corazón se ha convertido por el desprecio de la vanidad, dice: *Lo que era para mí ganancia lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor; por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo*³¹.

El corazón y los beneficios divinos

El primer impulso del amor divino puede estar relacionado con el nombre del corazón, pues se nos dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón*³². Y es justo, pues por él comenzamos a "concordar" con Dios y dar a Dios nuestro corazón. El nos ha concedido el favor de sus beneficios y exige de nosotros que no devolvamos un agravio por sus favores, que no pequemos contra El que es nuestro benefactor. Por lo tanto, amamos a Dios con todo nuestro corazón, conforme a nuestra imperfección, si detestamos de todo corazón el mal que El odia. Dice el profeta: *vosotros que amáis al Señor, odiad el mal*³³.

HAY QUE AMAR A DIOS CON TODA EL ALMA EN SUS PROMESAS

Los bienes inestimables que Dios nos ha prometido

Hay que amar a Dios con toda el alma en sus promesas. El nos ha concedido grandes dones, pero nos ha prometido otros mayores aún.

Nos ha prometido el descanso del trabajo, libertad en vez de esclavitud, seguridad en lugar de temor, consuelo en la tristeza, resurrección de la muerte; y una alegría plena en la resurrección, una alegría suprema e inagotable. Finalmente, se ha prometido El mismo: *juró a nuestros padres que El mismo se entregaría a nosotros*³⁴.

30. *Sal* 118,36.

31. *Flp* 3,7-8.

32. *Dt* 6,5 y *Mt* 22,37.

33. *Sal* 96,10.

34. *Lc* 1,73.

Las promesas de Dios son, por lo tanto, inmensas e inestimables. Por ellas y en ellas quiere Dios ser amado por nosotros de un modo particular. ¿Y cuál es ese modo? Es un deseo vehemente de lo que Dios promete. No sé qué medida tiene este modo³⁵ de amar. En realidad es sin medida, pues las promesas de Dios sobrepasan todo deseo. Lo que es superado y excedido, tiene no sólo un límite en su magnitud, sino también una medida en ese límite. Cualquiera sea la medida en que deseamos lo que Dios promete, este deseo es siempre inferior a lo que debiera ser. También es menor nuestra posibilidad; no podemos desear dignamente lo que supera todo deseo. Por tal motivo este deseo sagrado tiene su medida en lo que puede, y no en lo que debe. Pues en la medida en que aumenta, más debe. Así, el deseo vehemente es, en cierta forma, sin medida, puesto que no puede ser excesivo.

La espera impaciente de los bienes prometidos.

Aunque en las demás cosas la impaciencia suele ser censurable, es loable, sin embargo, la vehemente impaciencia que se experimenta al dilatarse la espera de una promesa tan grande. Esta impaciencia es mayor para aquel que más ama y más desea. *La esperanza que es diferida atormenta el alma*³⁶.

Por ello la Esposa, ávida de que su deseo sea apoyado por los méritos y plegarias de las almas bienaventuradas, dice: *Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, le anunciéis que estoy enferma de amor*³⁷.

También el salmista, impaciente por la dilación, dice: *Como jadea la cierva tras las corrientes de agua, así jadea mi alma en pos de ti, mi Dios. Tiene mi alma sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo podré ir a ver la faz de Dios?*³⁸. También Pablo, agitándose impaciente por un deseo similar, dice: *Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas, por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para vosotros*³⁹. Sin embar-

35. En este pasaje se repite la palabra *modus*, y Balduino juega con sus diversos significados. Es necesario traducir primero como "manera" o "forma particular"; después como "medida". Balduino toma la célebre frase que encuentra en San Bernardo: "La medida del amor a Dios es amarlo sin medida" (*Am D* 1.1, ed. BAC. 444, p. 300).

36. *Pr* 18,12.

37. *Ct* 5,8.

38. *Sal* 41, 2-3.

39. *Flp* 1,23.

go este mismo Pablo, que aquí se muestra tan impaciente, que prefiere la muerte a una espera prolongada, dice en otro lugar: *La paciencia nos hace esperar*⁴⁰.

Toda esperanza impaciente es, sin embargo, paciente

Todo esto nos muestra lo que es la impaciencia maravillosamente paciente de un deseo santo y vehemente: los justos sufren en la espera con grandeza de ánimo y sin quejarse; y, mientras soportan incansablemente este tormento, conservan una esperanza inquebrantable y soportan valientemente todas las adversidades.

El alma y las promesas divinas

Este impulso de deseo sagrado puede estar expresado con la palabra *alma*, cuando dice: *Amarás con toda tu alma*. Y hay en ello razón, pues el alma es espíritu y, bajo el sople del Espíritu Santo, ella desea y suspira, hasta que respire en Aquel hacia el cual aspira. Por ello los santos muy a menudo hacen mención de su alma para expresar sus deseos. Así, el Profeta dice: *Mi alma tiene sed de ti*⁴¹. Más adelante agrega: *Anhela mi alma y languidece en los atrios del Señor*⁴². También otro profeta dice: *Tu nombre y tu recuerdo son el anhelo del alma. Mi alma te deseará en la noche y mi espíritu te buscará dentro de mí*⁴³.

HAY QUE AMAR A DIOS CON TODAS LAS FUERZAS EN SUS JUICIOS⁴⁴

El misterio de los juicios divinos

Con todas tus fuerzas tienes que amar a Dios en sus juicios. Es difícil el juicio sobre los juicios de Dios: *Los juicios de Dios son como un hon-*

40. *Rm* 8,25.

41. *Sal* 62,2.

42. *Sal* 83,3.

43. *Is* 26,8-9.

44. Al final de este párrafo, Balduino no demostrará la relación entre "fuerzas" y "juicios", como ha hecho con las palabras "corazón" y "alma". Pero el pensamiento es claro: es necesario el esfuerzo para amar los juicios de Dios.

do abismo⁴⁵. Es evidente que es otro el juicio sobre el cual dice el profeta al Señor: *Vuélvete a mí y tenme piedad, según el juicio reservado a aquellos que aman tu nombre*⁴⁶. También es otro el juicio del cual dice el mismo profeta: *No entres en juicio con tu siervo*⁴⁷.

Con ese juicio han sido condenados los que están en el infierno. En él nadie ama a Dios; pero tampoco nadie se ama a sí mismo en ese lugar. En la vida presente Dios ejerce sus juicios de diversos modos, ya sea sobre los réprobos, ya sea sobre los elegidos. A veces oculta admirablemente su misericordia y su ira; en otros momentos las manifiesta de modo tal que lo que es ira parece misericordia, y la verdadera misericordia parece ira. Es por eso que el profeta dice: *¿Hay algún sabio que guarde estas cosas y comprenda la misericordia del Señor?*⁴⁸. Y a propósito de la ira, le dice a Dios: *¿Quién conoce la fuerza de tu cólera?*⁴⁹.

Juicio ejercido sobre los malvados. Actitud de éstos

Dios, por un oculto juicio, deja librados a su voluntad a algunos malos y les permite que realicen sus proyectos según los deseos de su corazón. Exalta a sus enemigos, les otorga honores y diariamente acrecienta sus bienes con sus favores; ellos no viven atribulados como los otros hombres⁵⁰. Haciendo esto, añade iniquidad a la iniquidad de ellos⁵¹, de modo que los manchados sigan manchándose⁵², hasta que se colme su maldad. En un juicio así, Dios oculta, bajo la apariencia de misericordia, su ira hacia aquellos que convierten su misericordia en juicio; su prosperidad se vuelve perdición; perecen con toda justicia en aquello por lo que no aman a Dios. Dice la Escritura: *La prosperidad de los necios los perderá*⁵³. Los necios se alegran en su perdición; ignoran lo que sobre ellos piensa aquel que es *terrible en sus designios sobre los hijos de los hombres*⁵⁴; no comprenden los profundos pensamientos de Dios, sobre los que se ha escrito: *¡Qué grandes son tus obras, Señor, qué hondos tus pensamientos! El hambre necio no entiende, el insensato no comprende estas cosas*⁵⁵. Comprenderán lo que piensa el Al-

45. *Sal* 35,7.

46. *Sal* 118, 132.

47. *Sal* 142,2.

48. *Sal* 106,43.

49. *Sal* 89,11.

50. *Sal* 72,5.

51. *Sal* 68,28.

52. *Ap* 22,11.

53. *Pr* 1,32.

54. *Sal* 65,5.

55. *Sal* 91,6-7.

tísimo sobre ellos sólo cuando broten como hierba los impíos y aparezcan todos los que obran el mal para ser destruidos por la eternidad⁵⁶. Este es el término de aquel oculto juicio en el que Dios oculta su ira hacia aquellos que no tienen parte en las humanas aflicciones y no son atribulados como los otros hombres⁵⁷.

Pero hay otros malvados que son castigados por Dios en este mundo. Pero estos castigos no los purifican, porque la impaciencia los hace blasfemar o murmurar, no se inclinan ante Aquel que los castiga ni aceptan la corrección. Estos, como no aman a Dios en sus juicios, agravan su propio juicio por su impaciencia ante el juicio del Señor. Serán llevados de los suplicios de este mundo a otros después de su muerte.

Juicio ejercido sobre los buenos. Actitud de éstos

Cuando los buenos son probados por Dios, unos aman a Dios en las pruebas; otros aman, por Dios, estas mismas pruebas. Los primeros glorifican y aman a Dios en las pruebas; los segundos lo aman por las pruebas. Aquellos, pacientes en la tribulación⁵⁸, aman a Dios en sus juicios; éstos, alegres en la aflicción, aceptan agradecidos los juicios de Dios, como si fueran beneficios y se regocijan en ellos. Está escrito: *Se regocijan las hijas de Judá a causa de tus juicios, Señor*⁵⁹. Se comprende perfectamente que aquí las *hijas* son las almas que bendicen a Dios, que lo glorifican siempre en las adversidades y se reconocen culpables diciendo: *Todo lo que has hecho, Señor, con juicio fiel lo has hecho, porque pecamos contra ti y no obedecemos tus mandamientos. Pero da gloria a tu nombre y trátanos según la abundancia de tu misericordia*⁶⁰.

Hay otros que aman tanto los juicios de Dios que, sin aguardar la corrección de su Padre, se juzgan y se castigan ellos mismos. Reclaman un castigo por los pecados de cada día que la debilidad humana no puede evitar. Sobre ellos dice el apóstol: *Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos condenados*⁶¹. El que se juzga a sí mismo y se castiga como si fuera culpable, es al mismo tiempo acusado, juez y verdugo. Es un juez justo, porque castiga a un culpable. Como es culpable, sufre la pena con justi-

56. *Sal* 91,8.

57. *Sal* 72,5.

58. *Rm* 12,12.

59. *Sal* 96,8.

60. Amalgama de tres versos de Daniel: 3, 31-29-42.

61. *I Co* 11,31.

cia. Y al castigarse merecidamente, aborrece su alma y la guarda para la vida eterna⁶².

Bondad de la prueba enviada a los justos

En sus juicios, Dios prueba y forma a sus elegidos en la paciencia, los ejercita en soportar los sufrimientos y los fortifica por medio de la esperanza. *La tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza. Y la esperanza no quedará confundida*⁶³. Por ello el profeta dice a Dios: *Tuve grandes esperanzas en tus juicios*⁶⁴. Con estas palabras quiere significar que aceptando pacientemente y amando los juicios de Dios se logra una esperanza más firme y segura y la confianza de obtener una gloria mayor. La certidumbre de la esperanza y la inmensidad de la gloria disminuyen el peso de la prueba, de manera que puede ser soportada con paciencia e, inclusive, amada. Como dice el apóstol: *Los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros*⁶⁵. *Por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable*⁶⁶.

El amor de los juicios de Dios es un deleite para el justo

Hasta qué punto los juicios de Dios son dignos de ser amados, lo sabe aquel que dice al Señor: *Los juicios del Señor son deliciosos*⁶⁷. *Los juicios del Señor son verdaderos y enteramente justos; más preciosos que el oro, más que el oro fino; más dulces que la miel, más que el jugo de panales*⁶⁸. Con estas palabras se quiere mostrar que todo el placer que proporciona la posesión del oro y de la plata, que toda la dulzura de la vida presente, aunque evoquen a la de la miel y a la del panal, es inferior al deleite que el alma enamorada de Dios recibe de los juicios del Señor. Para ella es muy poca cosa todo lo que sufre. Considera como un gran gozo el estar rodeada de toda clase de pruebas⁶⁹. *¡Qué grande es, Señor, la bondad que guardas para los que te temen!*⁷⁰. Verdaderamente es grande, más allá

62. Jn 12,25.

63. Rm 5,4-5.

64. Sal 118,43.

65. Rm 8,18.

66. 2 Co 4,17.

67. Sal 118,39.

68. Sal 18,11.

69. St 1,2.

70. Sal 30,20.

de toda medida. Eres dulce en tus juicios; pero todavía no para aquél que dice: *Tuve temor de tus juicios*⁷¹.

HAY QUE AMAR A DIOS CON TODO EL ESPÍRITU EN SUS PRECÉPTOS

El bien de la obediencia

En el hombre predomina el espíritu; éste ocupa el lugar más elevado, el más importante. Del mismo modo que en el hogar el padre de familia dispone todas las cosas a su arbitrio, organiza los trabajos, dirige a los servidores, decide en todos los asuntos y quiere ser obedecido y servido en todo y por todos, así la fuerza del espíritu debe dirigir a su arbitrio todos los movimientos y los sentidos del cuerpo y del espíritu. El espíritu debe organizar, juzgar y procurar con cuidado que se le obedezca en todo.

Pero, así como el espíritu sabe que es superior a todo aquello que está bajo su dominio, del mismo modo debe recordar que tiene la estricta obligación de obedecer a Dios. Con toda justicia debe; a su superior, la obediencia que él exige a su inferior. ¡Ay del hombre que no obedezca a Dios! El castigo de su desobediencia será el triunfo de la muerte sobre él.

La muerte es tan espantosa como aborrecible. Puesto que está ligada a la desobediencia, también la misma desobediencia es tan aborrecible como la muerte misma. Por el pecado de la desobediencia entró la muerte a este mundo. Si la desobediencia es tan detestable como la muerte que procede de ella, ¿por qué la obediencia no ha de ser tan amada como la vida, puesto que de ella proviene la vida y en ella persevera? La obediencia se somete a Dios y a su voluntad: *La vida está en su voluntad*⁷².

El amor a Dios y la obediencia a sus mandamientos son inseparables

El amor a Dios y la obediencia están unidos por un nexo indivisible; no es posible separarlos. Que el amor no puede existir sin la obediencia, lo señala el Señor al decir: *si alguno me ama, guardará mi Palabra*⁷³. Por lo tanto, quien ama obedece, y el que no ama, no obedece. No hay amor sin obediencia, ni obediencia sin amor.

71. *Sal* 118,110.

72. *Sal* 29,6.

73. *Jn* 14,23.

La obediencia, a través del amor, ve a Dios en su mandamiento; el amor dirige su obediencia a Dios a través de su mandamiento. Dios nos manifiesta su voluntad a través del mandamiento; el amor impone este mandamiento a la voluntad. El que verdaderamente ama a Dios, ama también su mandamiento. Nadie puede amar a Dios y no amar su voluntad; tampoco es posible amarlo sin amar también sus mandamientos, que nos manifiestan y nos hacen conocer su voluntad.

Por lo tanto, el amor a Dios está siempre unido al amor a su voluntad y a sus mandamientos. Y también al amor a la obediencia. El que ama los mandamientos y la voluntad de Dios, ama también la obediencia; pues Dios quiere lo que ordena hacer, y cuando lo ordena, su voluntad es que se le obedezca. Por este motivo, el que ama la voluntad que Dios manda realizar, ama también ser mandado. Pero nadie ama ser mandado si no ama también obedecer. Por lo tanto, si la obediencia a Dios no existe sin caridad —es decir sin amor a Dios—, si el amor a Dios no existe sin amor a la voluntad que nos ordena cumplir, si este amor a su voluntad no existe sin amor a su mandamiento, ni el amor a su mandamiento sin amor a la obediencia, llegamos a la conclusión de que la obediencia a Dios no existe sin amor a la obediencia y sin amor al mandato divino que debe ser obedecido.

Tres maneras de amar los mandamientos de Dios

Veamos si es así. En primer lugar prestemos atención a lo que nos dice el salmista sobre el amor a los mandamientos de Dios: *Meditaba en tus mandamientos que amo mucho*⁷⁴. *Levanté mis manos a tus mandamientos que mucho amo*⁷⁵. *Me ejercitaré en tus preceptos*⁷⁶. El salmista nos muestra que él ama los mandamientos de Dios de tres maneras: con la *meditación*, con la *elevación* de las manos —es decir con la acción— y con la *ejercitación*.

Hay que amar los mandamientos de Dios meditando en ellos. *Piensa siempre en estas cosas que te ordenó el Señor*⁷⁷. Con la meditación se hacen dulces los mandamientos de Dios, al considerar cuán provechosos, convenientes y seguros son, cómo *son estables por los siglos de los siglos, obra de fidelidad y rectitud*⁷⁸.

74. *Sal* 118,47.

75. *Sal* 118,48.

76. *Sal* 118,48.

77. *Qo* 3,22.

78. *Sal* 110,8.

Sin embargo, estos preceptos parecen a algunos dulces y suaves en la meditación, pero pesados y amargos en la práctica. Es que ellos mismos son perezosos en la acción. Aparta de sí esta pereza el que dice: *Levánte mis manos hacia tus mandamientos que mucho amo.*

También hay otros que en la meditación y en la acción parecen amar los mandamientos de Dios y deleitarse en ellos, pero en la ejercitación se muestran pusilánimes y poco constantes. Se aleja de este peligro el que dice: *Me ejercitaré en tus preceptos.* Hay ejercitación cuando se cumplen los mandamientos de Dios y cuando se medita en ellos. Pero aquí se entiende por "ejercitación" la que se esfuerza contra las dificultades, tentaciones, persecuciones o adversidades que de alguna manera procuran apartarnos del cumplimiento de los preceptos de Dios. Por lo tanto, el amor a los mandamientos alcanza su perfección en el amor que es meditación, acción y ejercitación.

Obediencia a los mandamientos sin amor a ellos

El amor a la obediencia surge del amor a los mandamientos; por lo tanto, los que no aman los mandamientos no aman tampoco la obediencia. ¿Qué podemos decir al respecto? ¿Acaso no hay muchos que, aunque guardan los mandamientos, quisieran no ser mandados y, aún más, desearían que se abolieran los mandamientos? ¿Acaso no hay muchos que no se entregan a la corrupción, que no roban, que no persiguen a sus enemigos pero que desean que Dios no hubiera impuesto estos mandamientos, que ellos no existieran? Muchos ciertamente desean que Dios no hubiera mandado nada sobre estos puntos, pero se abstienen de cometer estas faltas porque Dios así lo ordenó, pues tienen temor de que si realizan algo prohibido, los castigue Aquel que impuso la ley.

Los que proceden de este modo, parecen guardar los mandamientos de Dios y obedecerle, pero sin amar la obediencia. Si esto es así, no todos los que obedecen aman la obediencia, ni todos los que guardan los mandamientos de Dios los aman. Por lo tanto, ¿de qué modo la obediencia es compañera inseparable de la caridad? Y ¿de qué modo es verdad aquello de que *El que no me ama no guarda mis palabras?*⁷⁹.

Diversas clases de obediencia

Hay que tener en cuenta que la intención y la disposición del ánimo engendran distintos tipos de obediencia. En efecto, según la intención hay

79. Jn 14,24.

una obediencia verdadera y una obediencia simulada. La verdadera pone su esperanza de recompensa en la verdad, esto es en Dios. La simulada finge sumisión a Dios y, llevada por la codicia, pone su esperanza fuera de la verdad.

Según la disposición del ánimo hay una obediencia forzada y una obediencia voluntaria. El temor engendra la primera; la segunda brota a impulsos del amor.

Considerando entremezclados el sentimiento y la intención, existe una obediencia forzada y verdadera: es la que surge del temor a Dios y se dirige a El. Una obediencia de esta clase tiene, en unos, un poco más de temor y menos de amor; en otros, más amor y menos temor. Pero siempre tiene un poco de ambos elementos; pues así como sin temor nunca es forzada, del mismo modo sin amor nunca es verdadera.

Existe una obediencia forzada y simulada; la produce el miedo y no está orientada a Dios. Existe también una obediencia voluntaria y simulada, como la de los hipócritas. Hay una obediencia voluntaria y verdadera, que procede de la caridad y, por la caridad, tiende hacia Dios. Es esta obediencia la que Dios reclama, la que ama, la que nos recomienda con su mandamiento y su ejemplo. Y a esta obediencia la recompensa del mismo modo que la ama.

La obediencia que es forzada y verdadera no tiene la libertad de la caridad, a causa del sentimiento de temor que la arrastra hacia donde ella no quiere; tiene, sin embargo, algo de la libertad de la caridad, a causa de la intención y por ella va hacia donde quiere. Es decir que, aunque no lo quiere, experimenta el sentimiento, y con su voluntad dirige la intención. No hay que censurar este tipo de obediencia; por el contrario, debe recibir una cierta aprobación. En efecto; al apartarse del pecado por temor al castigo, elude el castigo temido, puesto que no comete la falta a la que estaba destinado.

En efecto, el temor al castigo le impide pecar; evita así el castigo temido, puesto que no comete el pecado que lo merecía. Como dirige la intención a Dios, se hace merecedora de alguna recompensa de parte de Aquel a quien confía su esperanza. Al apartarse del pecado por temor a Dios, manifiesta respeto a este temor a Dios. En cierto modo consagra a Dios su temor y en él lo honra.

Diversas maneras de querer lo que Dios quiere

Con toda justicia hay que mostrar a Dios una obediencia voluntaria y verdadera. La criatura racional debe estar sometida a su Creador, de modo que quiera lo que El quiere y porque El lo quiere; aún más, que quiera también que El quiera lo que quiere⁸⁰. Para expresarlo más claramente:

Si quiero lo que Dios quiere pero no porque Dios lo quiere, mi voluntad, porque es solamente mía, aún no está conformada con la voluntad de Dios. Pero si quiero lo que Dios quiere y porque Dios lo quiere, mi voluntad tiene su principio y causa en Dios, lo que la hace buena, especialmente si quiero que Dios quiera lo que El quiere. Pero si quisiera que El no quiera lo que quiere, aunque quisiera lo que El quiere y porque El lo quiere, aún no lo quiero con toda mi voluntad porque quiero que El no quiera, a fin de que también a mí me sea permitido no quererlo.

El ejemplo del amor a los enemigos

Por ejemplo: si amo a mi enemigo porque Dios lo ordena y lo quiere, de algún modo me agrada lo que también le agrada a Dios y porque le agrada. Pero no me agrada totalmente, ya que aún no lo amo libremente sino que me hago violencia; se hace una división en mí. Una parte mía lo quiere, porque amor al enemigo es algo noble y digno de gran recompensa. Pero mi otra parte no lo quiere, porque es difícil no recordar una ofensa recibida y apartar el espíritu de toda protesta. Aunque de ningún modo sea mi intención tratar de conseguir venganza, aunque inclusive tenga el corazón dispuesto a hacerle un favor si lo pide o necesita, pero si en lo profundo de mi corazón quiero que Dios no lo ordene y que su deseo no sea que se ame al enemigo, entonces aún no quiero plena y perfectamente lo que Dios manda. Le falta, para ser una obediencia perfecta, lo mismo que necesita una caridad perfecta. Para conseguir ambas, el hombre debe estar feliz de hacer todo lo que ve que Dios quiere que haga; debe hacerlo feliz porque ello agrada a Dios y su fin debe ser precisamente éste: agradar a Dios. Es decir que la obediencia y la caridad tienen un solo fin: agradar a Dios; pero en aquellas cosas que agradan a Dios.

Ilusiones sobre el amor que se cree tener a Dios

He agregado esto último porque existen malvados que quieren agradar a Dios, pero en aquellas cosas que les agradan a ellos, pero desagradan a Dios. Muchos que aman a Dios creen que lo aman porque consideran que ellos quieren agradar a Dios; tienen en cuenta las promesas y beneficios en los que Dios les agrada, pero no se dan cuenta de que desagradan a Dios en aquello mismo con que quieren complacerlo. Es que ellos no valoran la ca-

80. La criatura no se contenta entonces con querer lo que Dios quiere, porque El lo quiere, sino que está de tal modo de acuerdo con la voluntad divina que ella quiere plenamente, sin la menor reticencia, lo que Dios quiere. Ella quiere que Dios quiera lo que El quiere.

ridad por la virtud de la obediencia, sino por la estimación de su sabiduría personal.

La voluntad humana conformada con la voluntad de Dios

La obediencia es compañera de la caridad. Como ella, se opone a la voluntad propia y se apoya en la voluntad de Dios. En esta norma suprema y primera de justicia y en este modelo de rectitud, es decir en la voluntad de Dios, se forma la voluntad de la criatura racional. Así llega a ser ella misma y puede ser llamada con justicia "voluntad de Dios", porque comienza en Dios según la "prevención" de la gracia, y tiende a Dios según la dirección de la intención. El hombre no puede hacer el bien por sí, sino por aquel que dice: *Sin mí nada podéis hacer*⁸¹. Tampoco puede querer el bien sino por aquel que obra en nosotros el querer y el obrar, como bien le parece⁸². Y, así como se llama virtud de Dios no sólo la que está en Dios, y es Dios, sino también aquella que es dada por Dios al hombre, y está en el hombre, así se llama "voluntad de Dios" no sólo a aquella que está en Dios, y es Dios, sino también a aquella que está en el hombre y que viene no sólo del hombre sino también de Dios.

También se llama "voluntad de Dios" a la que El quiere que haga el hombre, como las obras de justicia o de misericordia.

Voluntad de Dios, principio y fin de la obediencia

Por lo tanto, la voluntad de Dios es no sólo la voluntad de Dios que manda, sino también la voluntad de Dios en aquel a quien manda y en aquello que manda hacer. En la primera se encuentra la autoridad; en la segunda, el servicio; en la tercera, la prueba del amor.

La obediencia, por lo tanto, consiste totalmente en el amor a Dios. Tiene su origen en la voluntad de Dios; obra por la voluntad de Dios; va a su fin que es la voluntad de Dios; y regresa a la voluntad de Dios. La voluntad de Dios, en Dios, por la voluntad de Dios, en el hombre, obra la voluntad de Dios en el mandamiento, a causa de la voluntad de Dios en Dios.

Por lo tanto, la voluntad de Dios, en Dios, es principio y fin de la obediencia. El que obedece en la caridad, en cierto modo suspira por un fin, suspira por Aquel que desde el comienzo lo inspira, le da su gracia. Bajo esta inspiración, suspira por el trabajo que el mandamiento le hace realizar, hasta el día en que respirará sin fin.

Traducción de Elcira González Ramos de Sesma

81. Jn 15,5.

82. Flp 2,13.